

Leonardo
Senkman

Exilio y Literatura Judía

Numerosos escritores judíos nativos de América Latina quisieron creer que el exilio sólo fue la experiencia de sus padres, abuelos y ancestros.

Los contornos de la inmigración europea, de Africa del Norte, Turquía o de Medio Oriente se esfumaban en el aluvial arribo de centenares de miles de extranjeros que creyeron encontrar la tan ansiada libertad y prosperidad del Nuevo Mundo. Esta certeza fue tal que durante muchos años eludían reflexionar sobre el origen de su presencia en tierras latinoamericanas. Sentirse hijo de gringos era menos incómodo que delatar las cicatrices de una extranjería que afanosamente había que simular en la nueva cultura nacional. El parricidio de tantos intelectuales judíos ¿acaso no bebió del odio a la nostalgia familiar por el viejo hogar y del vergonzante bilingüismo de la casa? Más prestigioso, en cambio, fue escribir sobre las incitaciones a abordar el meztizaje, la mezcla, una rápida asimilación que demandaba el crisol de razas.

Irse era autocomplacerse por un tiempo con el viaje estético a Europa, muy pronto también viajar a estudiar a EE.UU. y, final-

mente, hacer visitas breves a Israel. Estábamos cómodamente instalados en la tierra de la libertad y el porvenir. Pertenecíamos a una generación que no creyó oportuno — dejamos esa tarea a la erudición histórica y al revanchismo revisionista — indagar en los largos años que transcurrieron en el exilio protagonistas de la historia y la cultura latinoamericana. ¿Cuántas veces nos preguntamos por los años exilados de Francisco Miranda, José de San Martín o José G. Artigas? ¿Qué aprendimos del exilio de Sarmiento o de Pedro Henriquez Ureña? Menos aún quisimos asumir como propio los éxodos del pueblo errante: en el mejor de los casos, ritualmente leíamos la leyenda épica de Pesaj. Las lamentaciones junto a los ríos de Babel, el Rhin, el Thamesis, el Sena, el Guadalquivir, el Vístula, el Dnieper, el Danubio, el Oser, otra vez el Rhin, sonaban en nuestros oídos como remotas elegías ajenas: nunca de los antepasados exilados.

De pronto, cuando llegó la hora de partir, en los '70 del Río de la Plata, del Mapocho y de los afluentes del Amazonas, no pocos judíos se vieron a sí mismos empuñando dos cayados de este inesperado éxodo: uno de los cuales les resultó angustiosamente familiar.

Había llegado la hora de partir, pero doblemente exilados. Porque el exilio político que obligó a centenares de miles de latinoamericanos del Cono Sur a marcharse desde los años 60 y elaborar la pérdida de la patria, como hicieron tantos otros luchadores de la libertad del continente mestizo, incitó a los exilados judíos, además, a elaborar otros éxodos y a indagar sus orígenes.

Es significativo que antes aún de que ellos mismos se dieran cuenta, exilados políticos no judíos emblemizaron a Argentina como "ese gran país de inmigración... convertido en el país de la diáspora". Así caracterizó Miguel Bonasso el éxodo latinoamericano: "judíos del Sur, pastores de alucinaciones, eternos convidados

de piedras de todas las latitudes, la diáspora parece ser nuestro distintivo nacional”.

Era la primera vez que el distintivo judío del Galuth fue usado para metaforizar el destino latinoamericano.

Literariamente, el distintivo diaspórico del Cono Sur empezó a ser resemantizado por un grupo de escritores judíos conmocionados al descubrir este **Heimlich** que les evocó la memoria colectiva ancestral de otros éxodos, en el preciso momento que elaboraban el duelo latinoamericano.

Hubo que aceptar, con humildad y coraje, que no sólo habíamos perdido las certezas del estar, sino también de ser.

Comprendimos el sentido de aquella sensación de precariedad y provisoriedad que tanto fastidiaba a los hijos de inmigrantes cuando sus padres desconfiaban que pudiera haber “personas dueñas de sí mismas”, seguras de “ser uno de allí o de aquí”, esa soberbia pretensión de vivir en un lugar “para siempre”.

Tuvimos que aceptar que el des-tierra había instalado en nosotros aquella temida escisión entre el ser de nuestros padres errantes-emigrados-refugiados y el estar sustraído de la patria que ahora se transformó en un error. Desalojados de una geografía con fronteras, el exilio los convenció de que carecían de espesor y el único consuelo era la memoria. El nuevo género de vida del judío latinoamericano exilado se pareció a la forma de novela que G. Lukacs caracterizó como “destitución trascendental”. Porque sin certezas ni permanencia, sin tierra ni país, este destituido muy pronto percibiría su particular destino judío de vivir el exilio. Extranjero en el país de asilo, sin la ciudadanía de los amigos que se quedaron, este judío sentirá a menudo una cierta distancia hasta con sus propios camaradas exilados. Momento de dolor que le hace confesar a Ana Vazquez Bronfman: “**los nuestros no siempre son los míos**”.

Estos exilados judíos conocen mucho mejor el exilio español republicano que el exilio antifascista alemán, austríaco e italiano, el cual, sin embargo, desde 1933 arrojó a talentosos escritores judíos a Latinoamérica. Stefan Zweig en Brasil y Egon Erwin Kisch en México durante varios años tuvieron conciencia lúcida de su desapego y distancia que les permitió echar nueva luz a los vínculos con el hogar perdido y dudar de las seguridades de las fronteras nacionales, lingüísticas y familiares, al tiempo que redescribirían todos los eslabones con su pasado idealizado y sumergido.

A pesar de sus diferencias, el exilio de numerosos escritores judíos latinoamericanos lentamente configuró una nueva diáspora que, desde los años 70, también logró **judaizar** esa experiencia de pérdida y distancia, durante su tarea ineludible de remontar los ríos del origen. Y de todos los viajes a los orígenes, quizá el peregrinaje por los estuarios de la condición judía en numerosos escritores latinoamericanos constituya una de las revelaciones más significativas del exilio. ¿Cómo podría ser de otra manera cuando el irrenunciable deseo de volver que acompaña siempre al exiliado no se consuma en el mero camino del retorno sino a través del anhelo de recuperar la unidad mutilada y sellar la fragmentación del ser que instauró la represión? No hay exilios sin mitos, pero ninguno de los mitos del exilio es más poderoso que aquel que busca la identidad en la pertenencia común.

El **Dossier** especial que **Noaj** preparó desea precisamente testimoniar estos peregrinajes en busca del origen común, impuesto por la errancia de un puñado de escritores judíos latinoamericanos, exilados y desexilados, en América Latina, Europa, Estados Unidos e Israel.

Escritura errante, escrita con el cayado de los dispersos.